

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El obrero y la iglesia

Apenas se creería, si no lo viese uno con pena y dolor, que el obrero, esa clase humilde que en la antigüedad era esclava y que vino la primera al jirón de la Iglesia, para oír el dulce nombre de «hermano» y desahucarse de las cadenas con que el mundo pagano la tenía envilecida y agarrotada, lograda a tamaños beneficios, y dando oídos a gárrulos sofistas y explotadores de oficio, se haya alejado de tan cariñosa Madre, declarándola cruda e impioable guerra.

La Iglesia ha atentado siempre a obrero y ofreciéndole, con generosidad sin límites, el trabajo manual.

Para dignificar a éste, ha sido preciso que la misma combatiere «a outrance» un prejuicio muy arraigado en el mundo gentilicio.

Todos sabemos que el trabajo manual era objeto de desprecio por parte de los pueblos de la antigüedad. Aristóteles en su «Política» lo llama liberal; Platón en la utópica «República» le aplica el mismo epíteto; entre los griegos, los obreros no eran considerados como ciudadanos y se les sentaba a los esclavos.

Según las ideas que se habían asimilado en esa sociedad tan culta que oía al otro lado de la cruz, se encontraba en posesión de todos sus derechos, no trabajaba; las clases liberales eran las solas que de su ocupación; como para ser libre, había de ostentar su título y hacer alarde de su nobleza y de su ociosidad en las asambleas.

Para combatir estos errores arraigadísimos, como que estaban en la masa de la sangre de los encumbrados a las alturas en esa época que moría gangrenada, era necesaria una doctrina y una fuerza que videran de lo alto.

La Iglesia opone a esas máximas de la vida a la prosperidad de la vida, y a la sana moral el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, que para ser sumiso a un pobre pescador de Galilea y no se avergonzara de bajar en el taller de la carpintería, cuando las herramientas de su oficio, desde sus primeros días, predicó con el ejemplo de su trabajo y se honró y

llamado Aquiles, originario de Ponto, expulsado de Italia con Priscilla, su mujer, por orden imperial relativa a todos los hebreos que habitaban en la ciudad de las siete colinas, se junta con ellos, porque eran del mismo oficio que el apóstol, ganando de ese modo el pan cotidiano con el sudor de su rostro. El mismo, en carta a los de Corinto, les dice: «trabajamos con fatiga, valiéndonos de nuestras propias manos; se nos maldice, mas nosotros bendecimos»; somos perseguidos y lo soportamos» San Benito, en la sabia Regla que dió a sus monjes, mandaba que éstos laborasen y distribuya el tiempo alternando el trabajo manual con las prácticas religiosas.

¿Qué locura, pues, se ha apoderado del obrero actual para no dar oídos a la Iglesia que le ha enaltecido y dignificado cual Madre cariñosa y solícita de su bienestar, y examinar sin norte ni guía, llevado de insano vértigo por hombres sin conciencia ni religión, que viven a sus anchas con el producto de su trabajo y sudor, y le lanzan inconscientemente a la ruina, quedándose ellos en salvo y al abrigo de todo peligro?

LA CORBAN.

Enseñanzas de la muerte

La dama más celebrada
Lezo en que tantos cayeron,
Ella y ellos, di, ¿qué fueron,
Sino tierra, polvo y nada?

¡Oh brevísima jornada!
¡Oh frágil naturaleza!

La pequenez y grandeza,
Todo en nada se resuelve;
Es de tierra y a ella vuelve;
Acaba por lo que empieza.

¿De qué te sirve anhelar
Por tener y más tener
Si eso en tu muerte ha de ser
Fiscal que te ha de acusar?
Todo acá se ha de quedar
Y pues no hay más adquirir
En la vida, que al morir,
La tuya rige de modo,
Pues está en tu mano todo,
Que mueras para vivir.

Lope de Vega

Estudios Sociales

EL TRAJE DE IGLESIA

Un mi amigo me envía el siguiente tijeretazo suplicándome

que le dé acogida en nuestra sección del periódico.

He aquí, pues, lo que dice el referido suelto:

«No hace todavía muchos años que todo el mundo acudía al templo con traje completamente distinto en color y corte del que usaba para el paseo, la visita o la fiesta profana.

El traje de Iglesia existe, repetimos, y he aquí su descripción:

Es traje severo, de color obscuro, de corte modesto; no permite adornos que estorben o distraigan la atención, pues es el templo lugar de recogimiento; no tolera ni permite los colores chillones, ni tan siquiera llamativos.

Su corte debe ser apropiado para cubrir las formas con aquel decoro que será siempre adorno insustituible de la mujer.

No constante por tanto, esas gasas transparentes, esos volados pèrfidos, esos escotes impudicos, esas faldas cortas y esa ligereza de ropa, de mal gusto estético y, sin duda indecorosa, que ahora se usa.

Exige ropas holgadas que impriman aire de respeto y modestia en la mujer que las lleva y eviten a los hombres toda tentación impura.

Una prenda caracteriza y completa este traje: el velo, o, por otro nombre, mantilla, que se hizo para cubrir la cabeza y no para adornarla, como el velo que se pone a los hombres.»

(Es copia)

CHAFAROTE.

LIMPIAS

Prodigio imponente. El Santo Cristo descende de la Cruz.

Ha habido un resaca formidable, tal vez hasta ahora el más privilegiado de todos los videntes en Limpias, persona de la mayor honorabilidad, católico chapado a la antigua, con fama de bondad solitaria y según el conocido escritor M. Surot que escribe en el periódico «Cada Maestrito...» órgano de las Escuelas del Sagrado Corazón de Huelva, es el testigo, uno de los hombres más buenos que ha conocido en sus relaciones sociales.

Elafortunado vidente es un notario de Huelva, por nombre don

Juan Cádiz quien ha relatado el prodigio con estas expresiones textuales:

«Nada; no dormía; felizmente era una realidad muy consoladora cuanto presenciaba. No se cerraron mis ojos de mirar... ¡y qué contento se hallaba mi espíritu! Cada vez que bajaba mi vista y volvía a elevarla en el Santísimo Cristo, de un modo muy distinto veía su Santísimo Cuerpo; lo veía ya con los ojos abiertos o con la vista cerrada, ya mirándome, o también con sus ojos fijos en el Cielo; su boca ya abierta, que parecía exhalar dulces gemidos, ya cerrada y en ademán de despedirse de su Madre amorosísima y el pecho ya hundido (cosa completamente diferente de la realidad) ya expirante, como si en el momento diese su último suspiro; la cara se alargaba en cada mirada que yo le dirigía; y así permanecí largo rato en una actitud sumamente tranquila y sosegada y mirándome en mi interior, como si quisiera convencerme de que no soñaba, sino que estaba despierto.

Y así pasó mucho rato, y cuando era ya el momento de separarme de aquel paraíso de la tierra, «lo vi moverse y resbalar por la Cruz hacia abajo, con un movimiento muy lento, hasta llegar al suelo de su camarín; nuevamente resbala con igual movimiento y despauso, hasta volver a quedar crucificado». Finalmente, y en una instantánea fracción de segundo, «lo vi descolgar su brazo izquierdo, resbalar sobre su corazón, tocar la rodilla y volver a quedar crucificado.»

¡Prodigio que en mí se operó! Ni un grito, ni un movimiento extraño en mi cuerpo, sólo un pequeño suspiro que apenas pudieron oír los que a mi lado estaban y mi hija que frente a mí rezaba por los nuestros.»

Este testimonio está copiado literalmente de *El Diario Montañés* correspondiente al 27 de Noviembre último.

Humano, demasiado humano

El paisaje es austero. La tierra dibuja el perfil de sus crestas sobre un cielo gris; la tierra parece dormida,

No lejos de mí un campesino joven empuña la mancuera del ara-

Se... salir de Atenas, pronto... relato a un judío